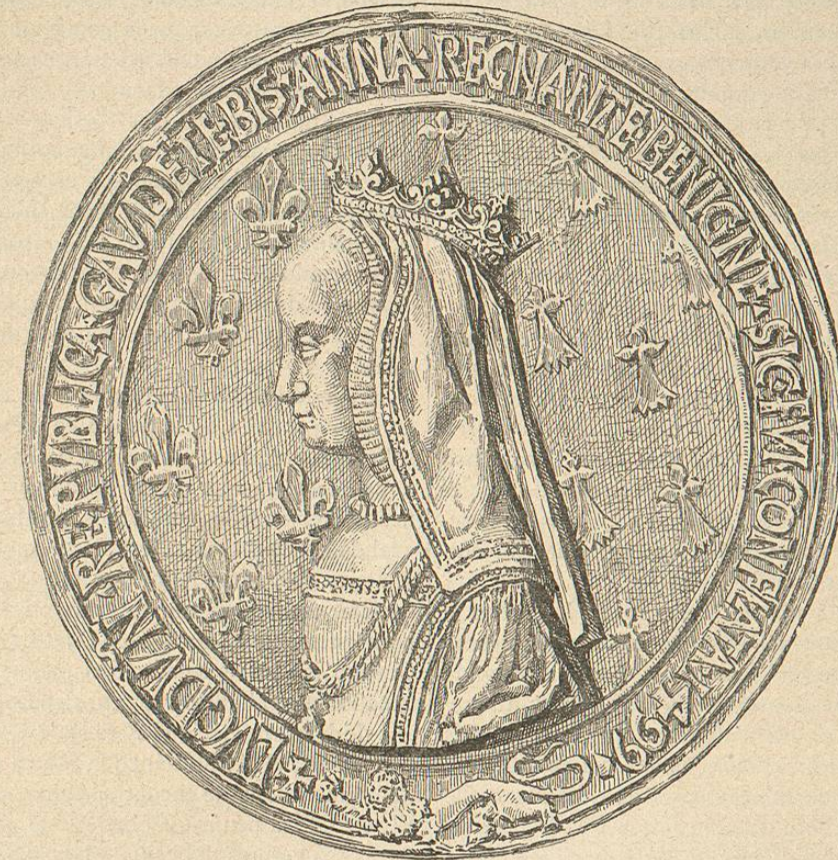




Banquete en celebracion del coronamiento de Ana de Bretaña.  
Miniatura de Andry de la Vigne, que se halla en la reseña de la coronacion de esta reina en Saint-Denis.  
El manuscrito se conserva en el museo de grabados de Berlin.

A semejante proyecto no podría haberse dedicado Luis XII si no se hubiese visto libre de todo temor de ser atacado por los ingleses á causa de las condiciones en que se hallaba Inglaterra entonces, de las intenciones personales y del sistema político interior del rey Enrique VII. Este con su penetración, su talento observador y minucioso y su fino criterio sabia muy bien que Inglaterra habia perdido definitivamente y para siempre su dominio en Francia y que toda tentativa de reconquistarlo habia de tener consecuencias funestas, por mucho que la nacion inglesa, recordando los grandes triunfos de otros tiempos, se lisonjeara todavía con

la esperanza de adquirir posesiones al otro lado del Canal. Demasiado comprendió Enrique VII que las terribles guerras civiles que habian destrozado la Inglaterra habian sido el fruto de aquellas largas guerras en Francia, porque si bien los reyes de Inglaterra habian echado mano de las clases media y rural, es decir, del pueblo inglés para emplearlo en momentos especiales en el continente, por regla general habian hecho las guerras en Francia los grandes barones con sus caballeros subfeudatarios y sus mesnadas, y de las agrupaciones formadas por los jefes mas poderosos de esta nobleza guerrera resultaron los partidos de las casas de Lan-



Ana de Bretaña, esposa del rey Luis XII  
(reverso de la anterior medalla)

Inscripcion circular: † LVGDVN. RE. PVBLICA. GAVDETE. BIS. ANNA. REGNANTE. BENIGNE. SIC. FVI. CONFLATA. 1499.  
(*Bis regnante* se refiere á la circunstancia de haber sido Ana sucesivamente esposa de dos reyes de Francia.) En el centro el busto de Ana de Bretaña, sobre un fondo mitad de flores de lis y mitad de colitas de armiño; debajo del busto, como en el anverso, un leon.

cáster y de York, y las guerras sañudas que se hicieron. Por esto el primer rey de la casa de Tudor y su gobierno trabajaron con ahinco especial en la supresion de la servidumbre armada de los barones y lores, que era un peligro constante para la paz interior, bien que ellos mismos tanto como los vencedores en las luchas interiores habian quebrantado ya su fuerza, diezmando á sus individuos, destruyendo y hasta confiscando sus posesiones. Enrique VII fundó, pues, su poder sobre la gran masa de la clase media y de la nobleza baja, y sacó sus auxiliares principales para el gobierno del país de las filas del clero y de los jurisconsultos, porque en estas clases predominaba el deseo de la conservacion de la paz sobre todas las otras cuestiones, como las referentes á la legitimidad del rey. Creía Enrique que para asegurar á su familia en el trono era indispensable hacer sancionar solemnemente su derecho por la ley de sucesion y por declaracion expresa del parlamento; pero el parlamento, que durante las guerras civiles entre las casas de Lancáster y York

se habia inclinado servilmente ante el vencedor para declararle usurpador cuando era vencido, no podia dar grande autoridad á una nueva declaracion suya en pro del Tudor. Por eso se limitó muy prudentemente, prescindiendo de lo pasado, y fundándose simplemente en los hechos consumados y en la situacion creada por la batalla de Bosworth, á declarar que la corona de Inglaterra pertenecia á Enrique Tudor y despues de él á sus descendientes y herederos legítimos. Con esto evitó que se suscitaran de nuevo las antiguas cuestiones que en los debates sobre la legitimidad de Tudor habrian enconado é inflamado otra vez á los muchos y todavía pudientes partidarios de las casas de Lancáster y de York.

Enrique VII supo acostumbrar á la nacion inglesa, exhausta de fuerzas y deseosa de paz, al nuevo orden de cosas con su moderacion, prudencia y energía, que á veces rayó en despotismo cuando le convino, porque si bien habia pasado ya la tempestad hubo todavía algunas conmociones. En 1481

## CAPITULO III

FORMACION DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA Y SU ELEVACION  
A GRAN POTENCIA

se presentó en Irlanda un tal Lamberto Simnel, que pretendió ser el hijo del duque de Clarence ejecutado por orden de Eduardo IV. Este aventurero reunió en poco tiempo un gran partido y obtuvo notables ventajas que inspiraron temor al gobierno; pero habiendo sido vencidos los nobles que le apoyaban, fue hecho prisionero y condenado a servir de pinche de cocina. Otro aventurero de gran talento fue Perkin Warbek, por otro nombre Pedro Osbek, natural de Tournay, que se hizo pasar por el hijo de Eduardo IV asesinado por Ricardo III, y que con un tejido habilísimo de mentiras y a favor de circunstancias casuales y favorabilísimas engañó con sus protectores y cómplices a muchísima gente, teniendo todo el país en agitación durante años, hasta que fue vencido, hecho prisionero, encerrado en la Torre de Londres y finalmente ejecutado en 1499 a consecuencia de una nueva tentativa de sublevación. Todo esto prueba cuán agitados estaban los ánimos, y cuán poco se necesitaba para volver a encender el fuego mal apagado de las pasiones políticas. Si Enrique VII logró mantener la paz interior y conservar el trono para sí y su dinastía, lo debió a su constante vigilancia y a su inflexible rigor para con los rebeldes reincidentes. El pueblo inglés se le mostró sinceramente agradecido, porque su gobierno, aunque duro y despótico, era todavía una bendición comparado con la inseguridad general en la cual durante largos años se había vivido. La nación se sometió sin murmurar hasta al peso de las contribuciones excesivas que el codicioso Enrique VII exigía, y eso que en los últimos años de su reinado decretó el rey de su propia autoridad, sin el concurso del parlamento, impuestos y los cobró; prueba de que el parlamento había perdido toda autoridad a los ojos de la nación después del servilismo que había mostrado ante los usurpadores en la larga guerra civil.

Además de las bendiciones de la paz debió Inglaterra al gobierno riguroso del primer Tudor una unión más estrecha entre las diferentes partes del reino, pues siendo vástago de una familia de real abolengo del condado de Gales, fue renunciando este país a su particularismo, que tantos males había causado a Inglaterra. A consecuencia del episodio del aventurero Simnel y de la sublevación a que dió lugar, fue también la Irlanda más íntimamente ligada a la Inglaterra, y respecto de Escocia siguió Enrique VII la política de los Plantagenet, preparando gradualmente la unión de ambos países, a cuyo fin casó a su hija Margarita con el rey de Escocia Jacobo IV. De esta manera se pudo esperar ver cesar la hostilidad entre Inglaterra y sus vecinas inmediatas. Supo Enrique VII enfrenar también hábilmente el humor belicoso del pueblo inglés, deseoso todavía de renovar la guerra en Francia, porque con su política extranjera obtuvo ventajas tan positivas que no pudieron menos de satisfacer el orgullo nacional. En efecto, en el conflicto entre Maximiliano y Francia sacó Inglaterra del primero concesiones importantes para el comercio inglés con Flandes, y del rey de Francia la indemnización de los gastos de guerra hechos a favor de la Bretaña, además del pago de una crecida subvención anual. En resumen, bajo el gobierno de Enrique Tudor se operó en la nación inglesa un cambio benéfico; la nación quedó libre del funesto predominio de los barones feudales y de sus humos belicosos, contiendas y sublevaciones, por manera que pudo dedicar en adelante todas sus fuerzas a las ocupaciones pacíficas a que convidaba la situación y naturaleza del país. Vencido finalmente en Inglaterra el espíritu de la Edad media, ahogado en sangre, entró el país en la era política y económica moderna, en la era del orden social severo, duro, antipático, pero benéfico y a cuya sombra la nación se levantó rápida y vigorosamente de su profundo abatimiento.

Hasta muy entrada la segunda mitad de la Edad media la península ibérica fue casi un mundo aparte, tanto bajo el punto de vista político, como bajo el de su civilización. A consecuencia de su situación geográfica y de su aislamiento tomó solamente durante largo tiempo una parte mínima en la historia de las naciones occidentales, contribuyendo mucho a su vida separada la lucha secular del elemento cristiano contra el mahometano. Ambos elementos eran tan opuestos e incompatibles, que la población, tan diferente entre sí no obstante su afinidad general, necesitó de todas sus fuerzas para reconocerse y sacudir el influjo mahometano que se le había impuesto. El país ibérico en esta época de luchas acumuló fuerzas, como si intentara una vez dueño de sí dilatarlas extraordinariamente; y en efecto, las dilató con una energía tan grande que en pocos años alcanzó una posición dominante, que con mucha más razón y en sentido mucho más elevado que el sacro imperio romano-germánico podía calificarse de imperio universal, porque se extendía hasta sobre el nuevo mundo recientemente descubierto allende los mares.

Desde la batalla del Guadalete en el año 711 dominaron en la mayor parte de la península ibérica los mahometanos; solo en las regiones montañosas del Norte se sostuvieron independientes, como dentro de un vasto campamento fortificado, los visigodos latinizados, que habiendo recobrado sus cualidades guerreras se levantaron y lucharon durante generaciones con aquel heroísmo que es un rasgo especial del carácter nacional español. Al reino de Asturias, limitado con poca diferencia al Sur por el Duero y al Este y Norte por el Océano Atlántico, se asoció el pequeño reino de Navarra, situado entre el curso superior del Ebro y los Pirineos. Mas allá de Navarra, hacia el Este, se extendía al Sur de los Pirineos hasta el Mediterráneo la Marca española (1), cuyo extremo meridional se encontraba en la comarca de Barcelona. El resto de la península obedeció al principio a los Omníidas, los sucesores del califa Abderrahman, que residían en Córdoba y que amalgamando la civilización del Occidente con la del Oriente (2) produjeron un conjunto maravillosamente armonioso y elevaron su imperio a una altura brillante e incomparable, pues ningún otro país mahometano o cristiano podía entonces compararse ni en industria y comercio, ni en artes y ciencias con el califato de Córdoba. Los pocos restos que de aquella civilización se han librado de las revueltas de los siglos tempestuosos posteriores y del ciego fanatismo destructor, dicen a la posteridad que este país jamás ha vuelto a alcanzar el estado floreciente y feliz de aquella época.

Mientras la mayor parte de la península sucumbía después de un corto apogeo, como casi todos los países mahometanos, ante la influencia destructora inherente al mahometismo, desmembrándose en multitud de emiratos, cuyos jefes aprovecharon la creciente debilidad de los califas para hacerse independientes, los cristianos agrupados en el Norte se fueron extendiendo gradualmente hacia el Mediodía, fundando Estados pequeños, que a su vez se juntaron formando reinos, enemigos cada vez más poderosos de los mahometanos.

A la defensa eficaz de la independencia de las regiones

(1) De Carlomagno se entiende, aunque el dominio de este emperador franco fue solo nominal e ilusorio. (N. del T.)

(2) Entiéndase la latina y la persa-árabiga.

montuosas de la Cantabria y de Asturias une la tradición los nombres de los héroes Pelayo, noble godo, canonizado por la Iglesia, y el duque Pedro, descendiente de la familia real de Recaredo.

Treinta años aproximadamente después de la batalla del Guadalete se unieron en un solo reino, el de Asturias, los territorios hasta entonces separados de Pelayo y del duque Pedro, casándose el hijo de éste, Alfonso I, con la hija de aquel. En la segunda mitad del siglo VIII una hambre general espantosa obligó a mahometanos y cristianos a suspender sus ataques. Mas hordas berberiscas que se habían establecido en las comarcas del Norte se retiraron entonces hacia el Sur, con lo cual quedó trasladada la línea divisoria entre el califato y el territorio cristiano aproximadamente del lado Oeste a la embocadura del Mondego, desde donde tomaba la dirección de Toledo para seguir desde allí el curso superior del Tago en dirección Norte, tocando cerca de Tudela de Ebro y acabando cerca de Pamplona en los Pirineos. Pero como los astures no tenían entonces fuerza numérica bastante para ocupar el territorio abandonado por los bereberes y construir plazas fuertes tanto para la defensa contra los mahometanos como para servir de base a conquistas venideras, quedaron aquellos territorios sin habitantes ni cultivo. Mas adelante, contiendas interiores y divisiones del territorio les impidieron establecerse sólidamente en aquellos distritos; porque a principios del siglo X, a la muerte de Alfonso III, fue dividido el reino entre sus tres hijos, quedando el mayor, que heredó a Leon, como soberano feudal de los dos otros, que recibieron el uno las Asturias y el otro la Galicia. Este arreglo fue de corta duración, porque en el año 914 se unió el reino de Leon a la Galicia, y ambos países fueron incorporados diez años después al reino de Asturias. Aunque los tres reinos conservaron en adelante cierta independencia, los cristianos pudieron continuar su avance; en el año 923 conquistaron a Nájera, en la Rioja, y a consecuencia de la victoria alcanzada cerca de Alhameda en 5 de agosto de 939, se extendieron mas allá del Duero hasta Salamanca. En el curso de aquel siglo se hicieron independientes los gobernadores de la parte Sudoeste del reino de Leon, los condes de Castilla, a cuyo nuevo Estado, situado entre los cursos superiores del Duero y del Ebro, estaba destinado un gran porvenir. Sin embargo, por lo pronto en 1026, al extinguirse la casa condal, fue incorporado al reino de Navarra.

La Marca española formaba desde principios del siglo IX un condado, cuya capital era Barcelona. Su conde Vifredo el Velloso se hizo independiente cuando se desmembró el imperio de Carlomagno reinando Carlos el Gordo. En el curso del mismo siglo hicieron también independientes los condes de Aragón y de Ribagorza, cuyos Estados fueron agregados a principios del siglo XI al vecino reino de Navarra, que había conservado intacto al través de los tiempos su carácter nacional primitivo. Gracias a la condición montuosa del país, no habían llegado a someterlo completamente ni los francos ni los árabes, pero poco a poco los habitantes adoptaron la civilización del imperio franco. Desde la segunda mitad del siglo IX aparecen los vascos de Navarra gobernados por reyes, descendientes del duque Pedro de Cantabria, es decir, del rey visigodo Recaredo. A principios del siglo X empezaron a avanzar hacia el Mediodía pasando el Ebro, unas veces como aliados, otras como rivales de los asturianos, y particularmente de los castellanos, tomando la delantera a ambos hasta el punto de someterlos casi a su dominio. El reino de Navarra llegó a su apogeo en tiempo de su rey Sancho el Grande (970-1035), que conquistó en 1018 el condado de Ribagorza al Este, en 1026 la Castilla

al Sur, y al Oeste la parte de Leon situada entre los ríos Pisuerga y Cea, ambos afluentes del Duero. A su muerte dividió Sancho su reino entre sus cuatro hijos, dando a Fernando la Castilla, a García la Navarra con el condado de Alava y la Rioja al Sur del Ebro, a Ramiro el Aragón y a Gonzalo Ribagorza. Esta división duró poco, porque Gonzalo murió en breve, quedando Ribagorza agregada a los Estados de Ramiro; en 1076 fue dividida la Navarra entre Aragón y Castilla, cuyo rey Fernando había ya conquistado en 1037 en la batalla del valle de Tamara el reino de Leon y se tituló desde entonces rey de Castilla y de Leon. Cien años después, en 1137, el conde de Barcelona adquirió el Aragón, bajo cuyo nombre fue comprendido todo el nuevo reino cayendo en desuso el nombre de Cataluña usado desde poco antes. Por aquel tiempo, en 1139, fue elevado a la categoría de reino el Portugal, que al principio, comprendiendo el país entre el Miño y el Mondego, fue un condado dependiente de Castilla y gobernado por Enrique de Borgoña, de la casa de Capeto, cuyo hijo y sucesor Alfonso I fue proclamado rey por su pueblo después de su señalada victoria sobre los árabes cerca de Ourique, victoria que aumentó considerablemente el territorio del nuevo reino.

Mientras los Estados cristianos de la península se ensanchaban y consolidaban, fue perdiendo su importancia y fuerza el califato de Córdoba, destrozado por guerras interiores y contiendas entre pretendientes al trono, hasta que cesó de existir como imperio unido con la abdicación de Hixam III en el año 1031 para ser botín de guerreros y capitanes ambiciosos árabes y bereberes, que se apoderaron de comarcas grandes o pequeñas, según sus fuerzas, y se hicieron reyezuelos independientes, facilitando así a los cristianos nuevos avances y nuevas conquistas. Estos cambios y vicisitudes constituyen la historia de la península durante los dos siglos siguientes. Los mahometanos, divididos y debilitados, recibieron al principio de esta larga lucha el poderoso auxilio de las salvajes hordas almoravides del Norte de Africa, que se hicieron amos de sus protegidos y dieron un nuevo y vigoroso impulso a la guerra contra los cristianos, inflamados del fanatismo que también dió nuevo vigor a los mahometanos de Oriente cuando sufrieron los primeros ataques de los cristianos al principio de la época de las cruzadas. En España se abrió con la llegada de los almoravides una era de luchas religiosas, en que ambas partes se cubrieron de gloria; y los primeros decenios sobre todo forman una verdadera epopeya de hechos de armas brillantísimos. El reino de Leon y Castilla figura en estas luchas a la cabeza de los Estados cristianos. Ya en el año 1085 Alfonso VI había conquistado la antigua capital visigoda Toledo, pero entonces llegaron los almoravides a España e impidieron a aquel rey continuar su carrera victoriosa. A excepción del emirato de Zaragoza, que conservó su independencia, toda la España mahometana fue reunida otra vez en un solo imperio y se renovó y aumentó su fuerza de resistencia a la expansión de los cristianos. Estos, no obstante algunos grandes descalabros, continuaron avanzando lentamente; por otra parte acabó también por embotarse la fuerza impetuosa y salvaje de los almoravides, que hubieron de reducirse a una penosa defensiva. En el Oeste avanzó al Sur el rey Alfonso I de Portugal, y en 1147, con el auxilio de guerreros que navegaban desde el Bajo Rhin hacia Palestina para tomar parte en la segunda cruzada, conquistó la ciudad de Lisboa, obstinadamente defendida por los mahometanos. En los cien años siguientes los portugueses extendieron su dominio desde el curso inferior del Tago hasta el del Guadiana, llegando con la conquista del Algarbe hasta la costa meridional de la península.